

minotauro

URSULA K. LE GUIN

CUATRO CAMINOS
HACIA EL PERDÓN



URSULA K. LE GUIN

CUATRO CAMINOS HACIA EL PERDÓN

minotauro

Título original: *Four Ways to Forgiveness*

© 1995 by Ursula K. Le Guin
«Betrayals» [«Traiciones»], © Ursula K. Le Guin, 1994; primera publicación en Asimov's. «Forgiveness Day» [«El día del perdón»], © Ursula K. Le Guin, 1994; primera publicación en Asimov's. «A Man of the People» [«Un hombre del pueblo»], © Ursula K. Le Guin, 1994; primera publicación en Asimov's. «A Woman's Liberation» [«La liberación de la mujer»].

© Traducción de Ana Quijada, 1997
© Editorial Planeta, S. A., 1997
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0963-5
Depósito legal: B. 20.220-2020

Preimpresión: Realización Planeta
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Traiciones

«En el planeta O no ha habido guerra desde hace cinco milenios –leyó–, y en Gueden no ha habido guerra nunca.» Interrumpió la lectura para descansar la vista y porque intentaba aprender a leer despacio, en vez de engullir las palabras como hacía *Tikuli* con su comida. «No ha habido guerra nunca»; las palabras se le formaron, nítidas y luminosas, en la mente, envueltas en una incredulidad infinita, sombría y confusa. ¿Cómo sería un mundo así, un mundo sin guerra? Sería un mundo verdadero. La paz era la verdadera vida, una vida de trabajo y aprendizaje; era educar a los niños en el trabajo y el aprendizaje. La guerra, que devoraba obras, enseñanza y niños, era la negación de la realidad. «Pero mi pueblo –pensó ella– solo sabe negar. Nacidos bajo la oscura sombra del abuso de poder, hemos expulsado la paz de nuestro mundo, y ahora es una luz inalcanzable ante nosotros. Solo sabemos luchar. La poca paz que cada cual puede poner en su vida es solo una negación de la guerra que continúa, la sombra de una sombra, doblemente increíble.»

Las sombras de las nubes se arrastraron sobre los marjales y sobre la página del libro abierto en su re-

gazo, y ella suspiró y cerró los ojos, pensando: «Soy una mentirosa». Luego abrió los ojos y continuó leyendo sobre aquellos otros mundos, aquellas realidades lejanas.

Tikuli, que dormía hecho un ovillo bajo la pálida luz del sol, suspiró como si la imitara y se rascó una pulga soñada. *Gubu* estaba en los cañaverales, de caza; ella no lo veía, pero de tanto en tanto el penacho de un junco se agitaba y una vez una polla de agua echó a volar con un cacareo indignado.

Absorta en la descripción de las peculiares costumbres sociales de los ith, no advirtió a Wada hasta que este abrió la portezuela del jardín y entró.

–Oh, ya estás aquí –dijo, sorprendida y sintiéndose desprevenida, incompetente, vieja, como siempre que estaba con otros. Sola, únicamente se sentía vieja cuando estaba agotada o enferma. Quizá vivir sola era lo mejor que podía hacer después de todo–. Entra, entra –dijo, levantándose y dejando caer el libro; lo recogió y al hacerlo sintió que se le aflojaba el nudo que le sujetaba el pelo a la espalda–. Ahora mismo voy a buscar mi bolsa y me marcho.

–No hay prisa –dijo el joven con su voz suave–. Eyid todavía tardará un rato en venir.

«Muy amable de tu parte decirme que no necesito apresurarme a dejar mi propia casa», pensó Yoss, pero no dijo nada, dócil al insufrible y adorable egoísmo de los jóvenes. Entró en la casa y tomó su bolsa, volvió a recogerse el pelo, se puso un pañuelo en la cabeza y salió al pequeño porche abierto. Wada estaba sentado en la silla que ella había ocupado; cuando ella salió, se levantó de un salto. Era un muchacho tímido, el más gentil de los dos amantes, pensó Yoss.

–Que os divirtáis –dijo con una sonrisa, sabiendo

que el comentario avergonzaría al joven—. Estaré de vuelta en un par de horas... antes de la puesta de sol.

Caminó hasta la portezuela, salió y echó a andar por donde Wada había venido, por el sendero que iba a dar al tortuoso camino de madera levantado sobre pilotes que cruzaba los marjales y llevaba al pueblo.

No encontraría a Eyid por el camino. La muchacha vendría desde el norte por uno de los senderos de los pantanos, y habría abandonado la aldea a una hora y en una dirección distintas que Wada, para que nadie notara que durante algunas horas, más o menos cada semana, los dos jóvenes faltaban de la aldea al mismo tiempo. Estaban locamente enamorados, hacía tres años que se amaban, y ya llevarían mucho tiempo viviendo juntos si el padre de Wada y el hermano del padre de Eyid no se hubieran disputado una antigua porción de tierra de la Corporación y hubiesen iniciado una enemistad hereditaria entre las familias que hasta el momento no había acabado en un baño de sangre por poco, pero que sin duda dejaba un matrimonio de amor fuera de discusión. La tierra era valiosa; ambas familias, aunque pobres, aspiraban a liderar el pueblo. Nada mitigaba el odio. Toda la aldea tomó posiciones en la disputa. Eyid y Wada no tenían adónde ir, ni conocimientos que pudieran ayudarlos a mantenerse en la ciudad ni parientes de tribu en otras aldeas que los acogiesen. La pasión de ambos estaba atrapada en el odio de los viejos. Yoss los había encontrado, uno en brazos del otro, ahora hacía un año, en el frío suelo de una de las islas de los marjales; había tropezado con ellos igual que una vez tropezara con un par de cervatos de los pantanos, completamente inmóviles en el nido de hierbas donde los había dejado la gama. Aquellos dos se habían mostrado tan asustados

como los cervatos, tan hermosos y vulnerables como ellos, y le habían suplicado con humildad que no se lo dijese a nadie; ¿qué podía hacer ella? Temblaban de frío, Eyid tenía las piernas desnudas manchadas de barro, se abrazaban con fuerza, como niños.

–Venid a mi casa –dijo ella con severidad–. ¡Por amor de Dios! –Yoss se alejó a grandes trancos. Ellos la siguieron tímidamente–. Volveré dentro de una hora –dijo cuando estuvieron dentro, en su propia habitación, con el nicho de la cama junto a la chimenea–. ¡No lo manchéis todo de barro!

Esa vez ella había vagado por los caminos, vigilando, por si alguien había salido a buscarlos. Ahora casi siempre iba al pueblo mientras los cervatos estaban en la casa disfrutando de su hora dulce.

Eran demasiado ignorantes para pensar en agradecerse de algún modo. Wada, cortador de turba, habría podido abastecerle el fuego sin que nadie sospechara, pero nunca dejaron ni siquiera una flor, aunque siempre encontraba la cama bien hecha. Quizá en el fondo no estaban demasiado agradecidos. ¿Por qué habrían de estarlo? Ella solo les daba lo que les correspondía por derecho: una cama, una hora de placer, un momento de paz. No era culpa de ellos, ni tampoco virtud de ella, que nadie más se lo diera.

Ese día sus recados la llevaron a la tienda del tío de Eyid. Él era el vendedor de dulces del pueblo. Yoss muy pronto había renunciado a todas las pretensiones de santa abstinencia que tenía cuando llegó al pueblo dos años atrás –el cuenco de grano sin condimentar, el trago de agua pura–. La dieta de cereales le había provocado diarrea, y el agua de los pantanos no era potable. Comía todas las verduras frescas que podía comprar o cultivar, bebía vino o agua embotellada o zumo

de frutas de la ciudad, y procuraba tener un buen suministro de dulces: frutos secos, uvas pasas, azúcar garrapiñado, incluso las pastas que hacían la madre y las tías de Eyid, gruesos discos cubiertos de nuez triturada, secos, grasientos, insípidos, pero curiosamente satisfactorios. Compró toda una bolsa de ellos y una rueda oscura de garrapiñado, y cotilleó con las tías, mujeres menudas, morenas y de ojos inquietos, que habían estado en el velatorio del viejo Uad la noche anterior y querían hablar del evento. «Esa gente» –la familia de Wada, indicaban con la mirada, el encogimiento desdenoso de hombros, la sonrisa despectiva– se había comportado como cerdos, como siempre, se había emborrachado, había buscado pelea, fanfarroneado, se había mareado y vomitado por todas partes, como los codiciosos patanes advenedizos que eran. Cuando se detuvo en el quiosco de la prensa para comprar el periódico (otro voto quebrantado hacía largo tiempo: solo leería el *Arkamye* y lo aprendería de memoria), la madre de Wada estaba allí, y Yoss oyó cómo «esa gente» –la familia de Eyid– había fanfarroneado y buscado pelea y vomitado por todas partes en el velatorio de la noche anterior. Ella no se limitó a escuchar los chismes; pidió detalles, desató las lenguas: le encantaban los chismes.

«Qué estúpida –pensó mientras emprendía el camino de vuelta a casa por el camino elevado–, qué estúpida fui al creer que podría beber agua y estar callada.» Nunca nunca seré capaz de renunciar a nada, a nada en absoluto. Nunca seré libre, nunca seré digna de la libertad. Ni siquiera la vejez ha hecho que renuncie a todo. Ni siquiera perder a Safnan ha hecho que renuncie.

Ante los Cinco Ejércitos se encontraron. Y levantando su

espada, Enar le dijo a Kamyé: «¡Mis manos sostienen tu muerte, mi Señor!». Kamyé contestó: «Hermano, es tu muerte la que sostienen».

Ella había aprendido esos versos, de todas maneras. Todo el mundo conocía aquellos versos. Y Enar había soltado la espada, porque era un héroe y un hombre santo, el hermano más joven del Señor. Pero yo no puedo soltar mi muerte. Me aferraré a ella hasta el fin, la querré, la odiaré, la beberé, la escucharé, la llevaré a la cama conmigo, la lloraré, cualquier cosa antes que soltarla.

Salió de sus pensamientos y miró la tarde en los marjales: el cielo azul, brumoso y sin nubes, reflejado en la curva lejana de un canal de agua, y la luz dorada del sol sobre los llanos pardos de los cañaverales y entre los tallos de los juncos. Soplaban el raro y suave viento del norte. Un día perfecto. ¡La belleza del mundo, la belleza del mundo! Una espada en mi mano, vuelta contra mí. ¿Por qué haces que la belleza nos mate, Señor?

Siguió caminando con dificultad y se ajustó el pañuelo con un tirón impaciente. A ese paso, pronto empezaría a vagar y a gritar por los marjales, como Abberkam.

Y allí estaba él, el pensamiento lo había convocado: caminaba tambaleándose, con el paso ciego de siempre, como si no viera otra cosa que sus pensamientos, golpeando el suelo con su gran bastón como si estuviera matando una serpiente. El largo pelo gris le flotaba alrededor de la cara. No gritaba, solo gritaba por la noche, y no mucho en los últimos tiempos, pero iba hablando, podía ver cómo movía los labios; entonces él advirtió su presencia y cerró la boca y se recogió en sí mismo, cauteloso como un animal salvaje. Se aproxi-

maron el uno al otro sobre el estrecho camino elevado; no había otro ser humano en aquel desierto de cañas, barro, agua y viento.

—Buenas tardes, cacique Abberkam —dijo Yoss cuando estuvieron solo a unos pasos. Era un hombre inmenso; ella no era capaz de creer lo alto y lo ancho y lo corpulento que era hasta que lo veía de nuevo; la piel oscura todavía era tersa como la de un hombre joven, pero la cabeza se inclinaba y el pelo le crecía canoso y desgredado. Una gran nariz ganchuda y unos ojos desconfiados que no veían. Murmuró un saludo, aminorando apenas el paso.

La discordia estaba con Yoss ese día; estaba cansada de sus propios pensamientos, penas y flaquezas. Se detuvo, de modo que él se vio obligado a detenerse para no chocar con ella, y dijo:

—¿Estuvo en el velatorio ayer por la noche?

Él bajó la vista hacia ella; Yoss se dio cuenta de que estaba tratando de enfocarla, o a parte de ella; al fin él dijo:

—¿Velatorio?

—Enterraron al viejo Uad anoche. Todos los hombres se emborracharon, y fue una bendición que no acabaran dando rienda suelta al odio entre las familias.

—¿Odio entre familias? —repitió Abberkam con voz profunda.

Quizá él ya no era capaz de enfocar nada, pero Yoss se sentía impelida a hablar con él, a comunicarse con él.

—Los Dewi y los Kamanner. Llevan tiempo peleándose por esa isla de tierra cultivable que hay al norte del pueblo. Y los dos pobres muchachos quieren vivir juntos, y los padres amenazan con matarlos si se miran siquiera. ¡Cuánta estupidez! ¿Por qué no dividen la isla

y dejan que los chicos vivan juntos y dejan que los hijos de ellos la compartan? Uno de estos días la cosa acabará en sangre, pienso.

–En sangre –dijo el cacique, repitiendo de nuevo, como un tonto, y luego, lentamente, con esa voz poderosa y profunda, la voz que ella había oído gritar con agonía en la noche en los marjales, añadió–: Esos hombres. Esos tenderos. Tienen alma de propietarios. No matarán, pero tampoco compartirán. Si se trata de propiedad, no renunciarán a ella. Nunca.

Yoss vio de nuevo la espada alzada.

–Ah –dijo con un estremecimiento–. Así que los niños tendrán que esperar... hasta que los viejos mueran...

–Demasiado tarde –dijo él. Por un instante sus ojos se encontraron con los de ella, penetrantes y extraños; entonces se echó el pelo hacia atrás con impaciencia, gruñó algo a modo de despedida y echó a andar con tanta brusquedad que ella casi tuvo que agacharse a un lado para dejarlo pasar. Así es como camina un cacique, pensó ella irónicamente mientras él continuaba alejándose. Con grandeza, con amplitud, ocupando espacio, pisoteando el suelo. Y así es como camina una mujer vieja, encogiéndose, encogiéndose.

Escuchó un extraño ruido a su espalda –disparos, pensó, pues los usos de la ciudad no desaparecían del ánimo– y se volvió en redondo. Abberkam se había detenido y tosía explosiva, tremendamente; su gran estructura se encorbaba con los espasmos, que lo sacudían con tanta violencia que apenas se tenía en pie. Yoss conocía esa tos. Se suponía que el Ecumen tenía medicamentos para tratarla, pero ella había dejado la ciudad antes de que llegaran. Se acercó a Abberkam, y cuando la crisis pasó y él se quedó jadeando, con el rostro gris, dijo:

—Eso es berlot; ¿está recuperándose o está empezando?

Él sacudió la cabeza.

Ella esperó.

Mientras esperaba, Yoss pensó: «¿Qué me importa si está enfermo o no lo está? ¿Acaso le importa a él? Él vino aquí para morir. Lo oí aullar en los marjales, en la oscuridad, el invierno pasado. Aullando por la angustia. Consumido por la vergüenza, como un hombre consumido del todo por el cáncer y que, sin embargo, no puede morir».

—No pasa nada —dijo Abberkam ronco, enfadado, deseoso de que ella se marchara y lo dejara en paz; y ella asintió y siguió su camino. «Déjalo morir.» ¿Cómo podía él querer seguir vivo sabiendo lo que había perdido, el poder, el honor, y lo que había hecho? Había mentido y traicionado a sus partidarios, había malversado. El político perfecto. El gran cacique Abberkam, héroe de la Liberación, líder del Partido del Mundo, que había destruido el Partido del Mundo con su codicia y su locura.

Yoss miró atrás una vez. Él se movía muy despacio, o quizá se había detenido, no estaba segura. Continuó la marcha, dobló a la derecha en el punto donde el camino elevado se bifurcaba, y siguió el sendero de los pantanos que llevaba a su minúscula casa.

Trescientos años atrás, aquellos marjales habían sido un vasto y productivo valle dedicado a la agricultura, uno de los primeros en ser irrigados y cultivados por la Corporación de Plantaciones Agrícolas cuando trajeron esclavos de Werel a la Colonia de Yeowe. Demasiado bien irrigados, demasiado bien cultivados; los fertilizantes químicos y las sales del suelo se acumularon hasta que ya no pudo crecer nada, y los propieta-

rios se fueron a explotar otras tierras. Los diques de los canales de irrigación se desplomaron aquí y allá, y las aguas del río corrieron libres de nuevo, acumulándose y serpenteando, limpiando lentamente la tierra. Los juncos crecieron, miles y miles de juncos arqueándose apenas bajo el viento, bajo la sombra de las nubes y las alas de pájaros de largas patas. Aquí y allá, sobre una isla de suelo más sólido, quedaron algunos campos y un pueblo de esclavos, algunos aparceros olvidados, gentes inútiles en tierras yermas. La libertad de la desolación. Y entre los marjales quedaron casas solitarias.

Cuando envejecía, la gente de Werel y Yeowe se volvía a veces al silencio, como su religión les recomendaba: cuando los hijos ya eran adultos, cuando ya habían cumplido con su deber como cabezas de familia y ciudadanos, cuando quizá el cuerpo se debilitaba pero el alma podía fortalecerse, dejaban atrás la vida que llevaban e iban con las manos vacías a lugares solitarios. Incluso en las plantaciones, los jefes habían dejado que los esclavos viejos se internaran en el desierto, libres. Allí en el norte, los libertos de las ciudades iban a los marjales y vivían como reclusos en las casas aisladas. Ahora, desde la Liberación, incluso las mujeres lo hacían.

Algunas de las casas estaban abandonadas, y cualquiera que estuviera edificando su alma podía reclamarlas; la mayoría, como la choza de techo de paja de Yoss, eran propiedad de la gente del pueblo, que las mantenía y las cedía a algún recluso sin cobrar alquiler, como un deber religioso, un medio de enriquecer el alma. A Yoss le gustaba saber que era fuente de provecho espiritual para el dueño de su cabaña, un hombre codicioso cuya cuenta con la Providencia posiblemente estaba, por lo demás, en el lado del debe. A ella le gustaba sentirse útil; lo interpretaba como otro sig-

no de su incapacidad para renunciar al mundo, como el Señor Kamyé le mandaba que hiciera. «Ya no eres útil», le había dicho Él de cien maneras distintas, una y otra vez, desde que cumplió los sesenta; pero ella no escuchaba. Dejó el mundo ruidoso y se fue a los marjales, pero dejó que el mundo siguiera charlando y chismeando y cantando y gritando en sus oídos. Así no oiría la voz baja del Señor.

Eyid y Wada ya se habían marchado cuando llegó a casa; la cama estaba bien hecha y el perro zorro *Tikuli* dormía en ella hecho un ovillo. *Gubu*, el gato con manchas, hizo cabriolas, pidiendo su cena. Yoss lo tomó en brazos y le acarició la espalda sedosa y moteada, mientras él metía el hocico bajo la oreja de ella, emitiendo su tranquilo ronroneo de placer y afecto; después ella le dio la cena. *Tikuli* no pareció darse cuenta, lo que era extraño. *Tikuli* dormía mucho últimamente. Yoss se sentó en la cama y rascó la base de las orejas tiesas y peludas. El animal se despertó y bostezó y la miró con sus ojos de suave color ámbar, meneando el penacho rojo de la cola.

—¿No tienes hambre? —le preguntó.

—Comeré para complacerte —contestó *Tikuli*, bajando de la cama con dificultad.

—Oh, *Tikuli*, te estás haciendo viejo —dijo Yoss, y la espada se le removió en el corazón. Su hija Safnan le había regalado a *Tikuli*, un minúsculo cachorro rojo, un manojito huidizo de patas y cola plumosa... ¿Cuánto hacía? Ocho años. Mucho tiempo. Toda una vida para un perro zorro.

Más que una vida para Safnan. Más que una vida para sus hijos, los nietos de Yoss, Enkamma y Uye.

«Si yo estoy viva, ellos están muertos —pensó Yoss, como pensaba siempre—; si ellos están vivos, yo estoy

muerta. Iban en una nave que viaja como la luz; los han transportado a la luz. Cuando vuelvan a la vida, cuando bajen de la nave en el mundo llamado Hain, habrán pasado ochenta años desde el día que partieron, y yo estaré muerta, llevaré mucho tiempo muerta; estoy muerta. Ellos me dejaron y estoy muerta. Deja que estén vivos, Señor, dulce Señor, deja que estén vivos, yo estaré muerta. Vine aquí para estar muerta. Para ellos. No puedo, no puedo dejar que estén muertos para mí.»

La nariz de *Tikuli* le rozó la mano. Yoss lo miró con atención. El ámbar de los ojos de *Tikuli* estaba empañado, y parecía azul. Ella le acarició la cabeza y le rascó la base de las orejas, en silencio.

El animal comió algunos bocados para complacerla y volvió a encaramarse en la cama. Yoss se preparó la cena, sopa y tortitas recalentadas, y la comió sin saborearla. Fregó los tres platos que había utilizado, preparó el fuego y se sentó junto al hogar tratando de leer su libro despacio; *Tikuli* dormía en la cama y *Gubu* estaba sentado frente al hogar mirando las llamas con sus ojos redondos y dorados, ronroneando muy bajito. Una vez se levantó y lanzó su grito de guerra, «¡Hooo!», porque oyó algún ruido fuera, en los marjales, y caminó por la habitación; luego volvió a sentarse y a mirar el fuego y a ronronear. Más tarde, cuando el fuego se extinguió y la casa quedó a oscuras en la oscuridad sin estrellas, se unió a Yoss y a *Tikuli* en el cálido lecho donde hacía unas horas los jóvenes amantes habían conocido un breve y fugaz gozo.

Los dos días siguientes se descubrió pensando en Abberkam, mientras trabajaba en su pequeño huerto de

verduras, limpiándolo para el invierno. Cuando el cacique había llegado, los lugareños habían cuchicheado con excitación sobre el hecho de que viviría en una casa que pertenecía al cabeza del pueblo. A pesar de la ignominia y el deshonor, todavía era un hombre famoso. Elegido cacique de los heyend, una de las principales tribus de Yeowe, había alcanzado prominencia durante los últimos años de la guerra de Liberación liderando un gran movimiento en favor de lo que él llamaba Libertad Racial. Incluso algunos del pueblo habían abrazado el principio esencial del Partido del Mundo: solo el pueblo de Yeowe tiene que vivir en él, no los werelianos, los odiados colonizadores ancestrales, los jefes y los propietarios. La guerra ha puesto fin a la esclavitud; y en los últimos años los diplomáticos del Ecumen han negociado el fin del dominio económico de Werel sobre su antiguo planeta colonia. Los jefes y los propietarios, incluso aquellos cuyas familias han vivido en Yeowe durante siglos, se han retirado a Werel, al Viejo Mundo, el siguiente si nos alejamos del Sol. Han huido, y sus soldados han sido expulsados detrás de ellos. No han de volver jamás, dice el Partido del Mundo. Ni como comerciantes ni como visitantes, jamás volverán a profanar el alma y el suelo de Yeowe. Ni lo harán tampoco otros extranjeros, ningún otro poder. Los alienígenas del Ecumen han ayudado a Yeowe a conseguir la Liberación, pero ahora deben marcharse. No hay lugar para ellos aquí. «Este es nuestro mundo. Este es un mundo libre. Aquí edificaremos nuestras almas a imagen de Kamye, el que lleva la espada», había dicho Abberkam una y otra vez, y esa imagen, la espada curva, era el símbolo del Partido del Mundo.

Y se había derramado sangre. Desde el Alzamiento

en Nadami en adelante, treinta años de luchas, rebeliones, represalias, la mitad de su vida, e incluso después de la Liberación, después de que los werelianos se marcharan, la lucha continuó. Los hombres jóvenes siempre estaban dispuestos para atacar y asesinar a cualquiera si los hombres de mayor edad lo ordenaban: unos a otros, mujeres, viejos, niños; siempre había una guerra que pelear en nombre de la Paz, la Libertad, la Justicia, el Señor. Las tribus recién liberadas peleaban por la tierra, los caciques de las ciudades peleaban por el poder. Todo aquello por lo que Yoss había trabajado durante toda la vida como educadora en la capital se había hecho añicos no solo durante la guerra de Liberación, sino después de ella, a medida que la ciudad se desintegraba en una guerra de protección detrás de otra.

Para ser justos, pensó ella, a pesar de que blandía la espada de Kamyé, desde su posición como líder del Partido del Mundo, Abberkam había tratado de impedir la guerra y lo había conseguido a medias. Él prefería llegar al poder mediante la política y la persuasión, y era un maestro en eso. Había estado muy cerca del triunfo. La espada curva estaba en todas partes, las multitudes que aclamaban sus discursos eran inmensas, ¡Abberkam y la Libertad Racial!, decían los enormes carteles repartidos por las calles de la ciudad. Estaba seguro de que ganaría las primeras elecciones celebradas en Yeowe y sería el cacique del Consejo Mundial. Y entonces, los rumores. Las deserciones. El suicidio de su hijo. Las acusaciones de la madre de su hijo de que llevaba una vida disoluta y llena de lujos. Las pruebas de que había malversado grandes sumas de dinero que habían sido entregadas al partido para socorrer a los distritos empobrecidos por la retirada

del capital wereliano. La revelación del plan secreto para asesinar al enviado del Ecumen y culpar del crimen a Demeye, viejo amigo y partidario de Abberkam... Eso fue lo que acabó con él. Un cacique puede satisfacer sus caprichos sexuales, puede hacer mal uso del poder, hacerse rico a costa del pueblo y ser admirado por eso, pero no se perdona al cacique que traiciona a un camarada. Era el código del esclavo, pensó Yoss.

Grupos de sus propios partidarios se volvieron contra él y atacaron la residencia del director de la antigua CPAY, que él se había apropiado. Los partidarios del Ecumen se unieron a las fuerzas que todavía eran leales a Abberkam para defenderlo y restaurar el orden en la capital. Tras varios días de batallas en las calles, con centenares de muertos en la lucha y miles de muertos en los disturbios en todo el continente, Abberkam se rindió. El Ecumen apoyó la declaración de amnistía del gobierno provisional. Abberkam recorrió las calles manchadas de sangre y destrozadas por los bombardeos en medio de un silencio absoluto. La gente lo miró pasar, gente que había confiado en él, gente que lo había reverenciado, gente que lo había odiado, todos lo miraron caminar en silencio, protegido por los extranjeros, los alienígenas que él había tratado de expulsar de ese mundo.

Ella lo había leído todo en los periódicos. Llevaba entonces más de un año viviendo en los marjales. «Bien merecido lo tiene», había pensado entonces, y no dio más vueltas al asunto. No sabía si el Ecumen era un verdadero aliado o una nueva clase de propietarios encubierta, pero siempre le gustaba ver caer a un cacique. Jefes werelianos, cabezas de tribu que se pavoneaban o demagogos vociferantes, daba igual, que

probaran el barro. Ella ya había tragado demasiado del barro de ellos durante su vida.

Cuando unos meses después le dijeron en el pueblo que Abberkam venía a los marjales a vivir como recluso para edificar su alma, la noticia la había sorprendido y por un momento se había sentido avergonzada por haber dado por sentado que toda la cháchara de él no era más que retórica vacía. ¿Así pues era un hombre religioso? ¿A pesar de los lujos, las orgías, los robos, el tráfico de poder, los asesinatos? ¡No! Como había perdido el dinero y el poder, quería mantenerse en el candelero haciendo espectáculo público de su pobreza y su piedad. Ese hombre no tenía ni una pizca de vergüenza. La sorprendió la amargura de su indignación. La primera vez que se encontró con él, sintió el impulso de escupir a los grandes pies de dedos gruesos calzados con unas sandalias, que fue todo lo que vio de él; se negó a mirarlo a la cara.

Pero luego, en invierno, ella había oído los alaridos en los marjales, por la noche, en el viento glacial. *Tikuli* y *Gubu* habían aguzado las orejas, pero aquel sonido terrible los había asustado. Le había llevado un minuto identificarlo como una voz humana –un hombre gritaba, ¿borracho?, ¿loco?– que aullaba, imploraba, y ella se levantó para acudir a la llamada, a pesar del terror que le inspiraba; pero el hombre no buscaba la ayuda humana. «Señor, mi Señor Kamyé», gritaba, y desde la puerta de la cabaña lo vio en el camino elevado, una sombra contra las pálidas nubes nocturnas, andando y mesándose los cabellos y gritando como un animal, como un alma en suplicio.

Después de esa noche ya no volvió a juzgarlo. Los dos eran iguales. Cuando volvió a encontrarse con él, lo miró a la cara y le habló, obligándolo a hablar con ella.